

ben ocuparla? Que aquellos que han hecho revivir hoy el fantasma de la dictadura se reunan á mí, y que marchen con los verdaderos patriotas á tomar las grandes y únicas medidas capaces de asegurar la felicidad del pueblo, por la que yo sacrificaré todos los días de mi vida.»

X

Seguió á este discurso un silencio pavoroso. Marat, superior aquel día en audacia á Danton, y sobre todo á Robespierre, habia dominado á sus dos rivales y admirado á la Convencion. Sólo contra todos, se atrevió á hablar como un tribuno que se entrega á los puñales de una asamblea de patricios, seguro de que el pueblo está á la puerta para defenderle ó para vengarle. Sus palabras destilaban la sangre del 2 de Setiembre, y pedía un verdugo nacional por toda institucion. El crimen en su boca tenia tal magnitud, el furor en su alma se asemejaba tanto á la sangre fria de un hombre de Estado, que era peligroso y cobarde dejar una Asamblea, en su principio, flotante entre el horror y la admiracion, y necesario arrancarle una protesta unánime contra aquel teórico del asesinato. El pueblo hubiera creído ó que se temía ó que se admiraba á Marat. Vergniaud disimuló su horror, y subió los escalones de la tribuna con la cabeza inclinada.

«Si hay alguna desgracia para un representante del pueblo,—dice con voz débil,—es sin duda la de verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre con tantos decretos de prision, que aún no ha purgado.» «De ello me vanaglorio»,—exclama Marat. «¿Son los decretos del despotismo?»—dice Chabot. «¿Son los decretos con que fué honrado por haber echado á Lafayette?»—dice Tallien. Vergniaud continuó con frialdad: «Es una desgracia verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre contra quien se ha pronunciado un *decreto de acusacion*, y que ha levantado su atrevida cabeza encima de las leyes; á un hombre, en fin, repugnante, por estar cubierto de calumnia, de hiel y de sangre...» Se oyen algunos murmullos contra las expresiones de Vergniaud, y Ducos dice: «Si hemos hecho el esfuerzo de oír á Marat, pido que se escuche á Vergniaud». Las tribunas patean y dan voces por Marat. El presidente se ve obligado á llamar á los espectadores al respeto hácia la Representacion nacional. Vergniaud lee la circular del ayuntamiento á los departamentos para incitar á que se imitasen los degüellos de las cárceles. Recuerda que la municipalidad, por conducto de Robespierre, denunció un complot tramado, segun él, por Ducos, Vergniaud, Brissot, Guadet, Lasource y Condorcet, y cuyo objeto era entregar Francia al duque de Brunswick. «Robespierre,—prosigue,—de quien hasta entónces nada habia yo dicho que no probase mi aprecio hácia él...» «¡Eso es falso!»—grita Sergent. «Como yo hablo sin encono,—prosiguió Vergniaud,—me felicito con una negativa que me probará que tambien Robespierre ha podido ser calumniado; pero es cierto que en este escrito se llaman los puñales sobre la Asamblea. ¿Qué diré de la invitacion formal que se hace en él al asesinato? El buen ciudadano tiende un velo sobre estos desórdenes parciales, y trata de hacer desaparecer cuanto le es posible las manchas que podrian ajar la historia de una revolucion tan memorable. Pero que hombres encargados por sus empleos de hablar al pueblo de sus deberes y hacer respetar la ley prediquen el asesinato y hagan su apología, es llegar á un grado

de perversidad que no se puede concebir sino en un tiempo en que toda especie de moral estuviese desterrada de la tierra.»

Boileau, amigo de los girondinos, sucede á Vergniaud, y lee á la Convencion algunas frases del periódico de Marat que incitan al degüello de los diputados. «¡Oh pueblo! ¡Nada esperes de esta Asamblea! Cincuenta años de anarquía te aguardan, y sólo saldrás de ella con un dictador, verdadero patriota y hombre de Estado.» Estallan gritos de furor contra Marat, y muchas voces piden que se le conduzca á la Abadía. Marat arrostra aquella tempestad con bravura. «Se piden decretos contra mí,—dice,—el pueblo los anonadó al enviarme aquí. De las sentencias que se alegan contra mí, me glorío y me envanezco con ellas; las merecí por haber quitado la máscara á los traidores y á los conspiradores. He vivido diez y ocho meses bajo la cuchilla de Lafayette. Si los subterráneos donde he habitado no me hubiesen ocultado á su furor, me hubiera hecho perecer, y el más celoso defensor del pueblo no existiria ya. Las líneas que se acaban de leer contra mí se han escrito hace diez dias, cuando yo estaba indignado al ver que se elegia para la Convencion esa faccion de la Gironda, que quiere proscribirme hoy.» El mismo lee una página de su diario de la mañana en que habla con más moderacion y decencia. «¿Lo veis?—añade.—¿De qué depende la vida de los más probados patriotas? Si por descuido de mi impresor no hubiese aparecido esta mañana en estas páginas mi justificacion, me hubiérais entregado á la cuchilla de los tiranos. Este furor, ¿es digno de hombres libres?... Pero yo nada temo en el mundo.» Al decir estas palabras saca del pecho una pistola, y aplicando la boca del cañon sobre su frente, dice: «Declaro que si se da contra mí el decreto de acusacion, me levanto la tapa de los sesos al pié de esta tribuna...» Despues, con voz más tierna y como agobiado por la ingratitud de sus enemigos, continúa: «¡Ved el fruto de tres años de encierro y angustias sufridas por salvar mi patria! ¡Ved el fruto de mis vigilias, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos y de mis proscripciones!... Pues bien, yo quedaré entre vosotros para arrostrar vuestro furor».

Apénas acaba de decir estas palabras, cuando una multitud de diputados, entre los que se distinguen Cambon, Goupilleau, Rebecqui y Barbaroux, se acercan á la tribuna con ademanes amenazadores. *¡A la guillotina, á la guillotina!* gritan por todas partes con furor. Marat cruza los brazos sobre el pecho y mira con ojo impassible á la sala, que temblaba bajo sus piés. Se ve en la impassibilidad de su exaltacion que se complace con el papel de mártir del pueblo, y que la tribuna es el pedestal en que quiere se le contemple como la víctima de la revolucion.

Le hacen retirar á fuerza de voces, y fuese por piedad ó por cansancio, la Asamblea olvida á Marat, vota la indivisibilidad de la república y se separa. Al dia siguiente Marat triunfó en su periódico de la debilidad de sus enemigos. «Dejo al lector—decia—que se entregue á sus reflexiones sobre la maldad de la faccion Guadet-Brissot. Me compadezco de algunos de sus acólitos, y los perdono, porque los han extraviado. En cuanto á los jefes, Condorcet, Brissot, Lasource y Vergniaud, les creo incapaces de arrepentirse, y los perseguiré hasta la muerte. Han jurado que yo pereceria el 25 de este mes por la cuchilla de la tiranía ó el puñal de los asesinos. Que lo sepan los amigos de la patria: si yo muero bajo los golpes del puñal de los asesinos, saben á quién deben atribuir el crimen y de quién se deben vengar.» Las tribunas de la Convencion, llenas de lo que habia de más

violento en las secciones, sostenían á Marat con la vista y con el gesto. Queriendo un amigo de Brissot salir de la sala ántes de concluirse la sesion, el oficial de guardia se lo impidió. «Libraos de que os vea esa turba;—le dijo;—está por Marat. Acabo de atravesarla; está fermentando. Si se da el decreto de acusacion contra el *amigo del pueblo*, caerán algunas cabezas esta noche.»

XI

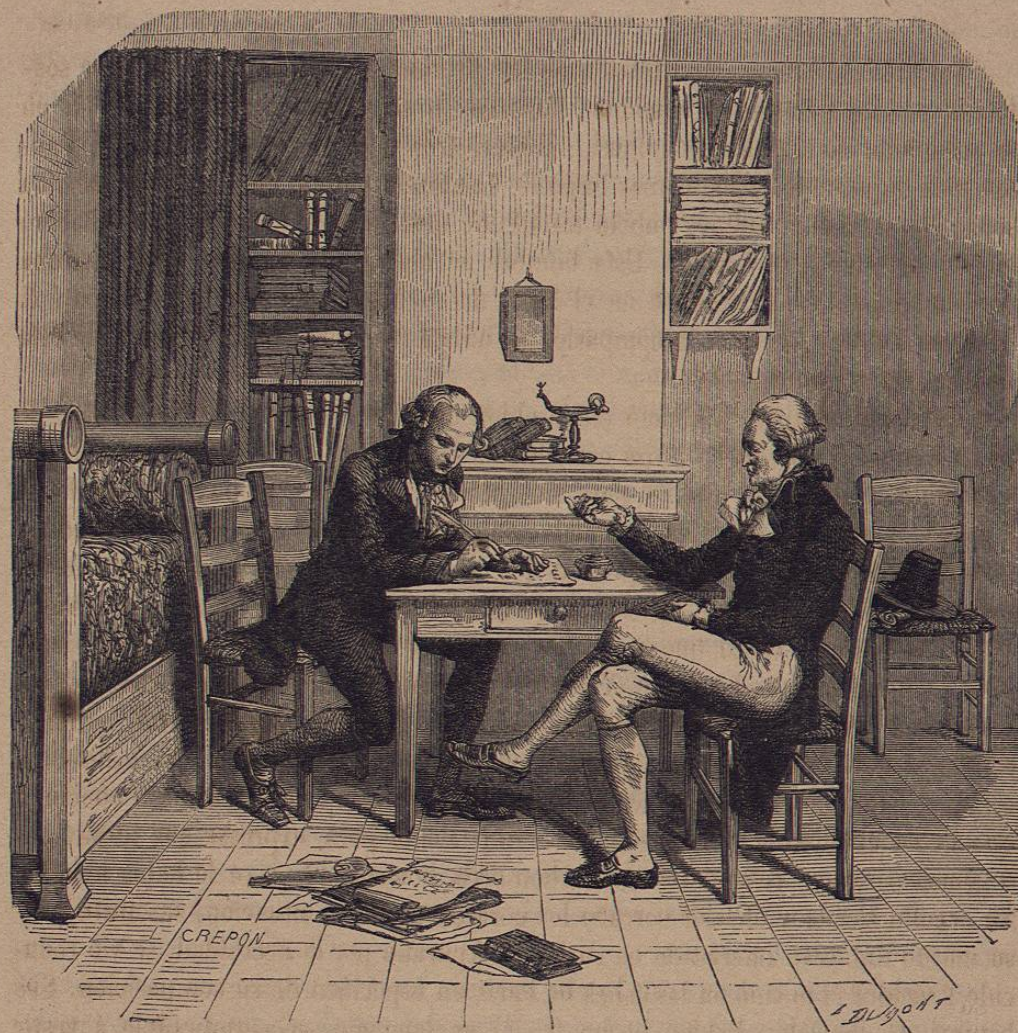
Tal fué la primera demostracion de los girondinos. Mal preparada y peor sostenida por los principales oradores, limitada en su plan, indecisa y abortada en su resultado, no acreditó su imperio. Robespierre salió de ella más popular, Danton más importante, y Marat más impune. Lanzando todo lo odioso de la anarquía sobre Marat, los girondinos habian tratado de deshonrar la anarquía, pero habian hecho engrandecerse á Marat. Este hombre se alababa de su odio y se ilustraba con sus golpes, convirtiéndose en el ídolo del pueblo, porque se presentaba á él como su mártir. Además, la compasion se unía á su popularidad. El papel de este hombre reclama una ojeada.

Marat no tenía patria. Nació en la aldea de Baudry, cerca de Neufchatel, de padres oscuros, en aquella Suiza cosmopolita cuyos hijos van á buscar fortuna por el mundo, y abandonó jóven y para siempre sus montañas. Anduvo errante hasta la edad de cuarenta años en Inglaterra, en Escocia y en Francia. Impulsado y rechazado por aquella vaga inquietud que es el primer genio de los ambiciosos, maestro, literato, médico, filósofo y político, habia removido todas las ideas y todas las profesiones en que se puede encontrar la fortuna ó la gloria; pero sólo halló la indigencia y el bullicio. Voltaire no se habia desdeñado de burlarse de su filosofía. El célebre profesor Charles habia pulverizado su física. Marat, irritado, respondió á la crítica con la injuria. Tuvo un duelo con Charles. La legislacion criminal llamó despues su atencion, y este apóstol de la muerte en masa concluyó que debia abolirse la pena de muerte. Sin talento para expresar sus ideas, sin decencia para sus relaciones con los hombres, la sociedad no se le habia abierto. Su orgullo herido y ofensor cerraba los corazones que su situacion, sus trabajos y su mérito hubieran interesado en su favor. Apurado por la necesidad, se vió reducido á vender él mismo en las calles de Paris un específico de su composicion. Sus hábitos de charlatan habian hecho trivial su lenguaje, acostumbrándole á vestir mal, y envilecido sus costumbres; pero habia aprendido á conocer, á adular y á conmover al populacho.

Sin embargo, enconada y herida su fibra, le hizo amar y compadecer á aquel pueblo que sufría y que era despreciado como él. Habia contraído con las masas el parentesco de la miseria y de la opresion, y juró vengarlas, vengándose á sí mismo. Quería volver la sociedad como se vuelve la tierra con el arado, poniendo á la sombra lo que estaba al sol, y al sol lo que estaba á la sombra. No pensaba en una revolucion, sino en una reforma general de todas las situaciones y de todos los principios falsificados por el desórden social, y restablecerlos violentamente y á toda costa, segun el plan de la naturaleza. Filosofía, resentimiento, equidad, venganza, amor del pueblo, odio á los hombres, ambicion y adhesion, asesinato y martirio, todo se confundía en su sistema. Era la utopia del trastorno,

iluminado de lo alto por la luz de la filantropía, y abajo por el resplandor del incendio social.

Fermentaba ya este sistema hacía años en su alma, y la revolucion vino á animarle. Marat habia llegado entónces al empleo ínfimo y humillante para su genio de médico de las caballerizas del conde de Artois. Arrastrado desde los primeros dias del 89 por el movimiento popular, se lanzó en él para acelerarlo. Vendió hasta



Habitacion de Robespierre en casa del carpintero Duplay.—Pág. 143.

la cama para pagar al impresor sus primeras hojas volantes. Cambió tres veces el título de su periódico, pero nunca su espíritu. Era el rugido del pueblo, redactado todas las noches con letras de sangre, y pidiendo todas las mañanas las cabezas de los traidores y conspiradores.

Parecia salir aquella voz del fondo de la sociedad en fermentacion. Nadie conocia al que la proferia. Marat era un sér ideal para el pueblo, cubriendo el misterio su existencia. Hemos visto que hasta madama Roland la ignoraba, y preguntaba á Danton si habia efectivamente un hombre llamado Marat. El misterio, los subterráneos, los calabozos de donde salian aquellos papeles, añadian prestigio á los escritos, al nombre y á la vida de Marat. El pueblo se enternecía por los peli-

gros, las fugas, los tenebrosos asilos, los sufrimientos y los andrajos que cubrían á aquel que parecía sufrirlo todo por defender su causa. Marat sólo salía de un escondite para entrar en otro. Perseguido en 1790 por Lafayette, le cubrió Danton con su proteccion y le ocultó en casa de la señorita de Fleury, actriz del Teatro Frances. Teniendo sospechas en este asilo, se retiró á Versailles, á casa de Bassal, cura de la parroquia de San Luis, y despues su colega en la Convencion. Aquellos hermanos de la nueva religion se visitaban y se socorrian unos á otros. Acusado de nuevo por los girondinos Lasource y Guadet, durante la Asamblea legislativa, le recogió en su bodega el carnicero Legendre. Los sótanos del convento de los Franciscanos ocultaron despues á él y á sus prensas hasta el 10 de Agosto que salió llevado en triunfo para entrar bajo el patrocinio de Danton en la municipalidad, y combinar allí los degüellos de Setiembre. Extraño hasta entónces á todos los partidos, pero temido de todos, los jacobinos, á petición de Chabot y Taschereau, le recomendaron á los electores de Paris. El terror de su nombre influyó tanto que fué elegido.

Vivia entónces en una pequeña casa en una calle inmediata á los Franciscanos, con una mujer que se habia unido á sus desgracias. Esta mujer, aún jóven, manifestaba en su palidez y su falta de carnes las señales de las miserias que sufría con él y por él. Era la mujer de su impresor, á quien Marat habia seducido y hecho separar de su marido. Sacrificada por él, se veía obligada á pasar una vida errante y tenebrosa, y á sufrir la ignominia de aquel hombre. Querida, cómplice y criada de Marat, habia aceptado todas las servidumbres para sufrir ó para morir con él. Marat no se comunicaba con la vida exterior sino por medio de esta mujer y del regente de la imprenta de su diario. Privado de sueño y de aire, no renovando nunca su alma con la conversacion de sus semejantes, trabajando diez y ocho horas diarias, sus pensamientos, encendidos por la tension de espíritu y por la soledad, habian llegado á ser una verdadera obsesion. En la antigüedad hubieran dicho que estaba poseido por el espíritu de exterminio. Su lógica violenta y terrible siempre venía á parar al asesinato; todos sus principios pedían sangre, y su sociedad no podia fundarse sino sobre cadáveres y sobre las ruinas de todo lo que existía. Perseguía su ideal á traves de la sangre, siendo para él el único crimen detenerse ante un crimen.

Su corazon, sin embargo, no estaba siempre bastante endurecido para que no se debilitase bajo el peso de su teoría. Tuvo ráfagas de virtud y sorpresas de enternecimiento. Dos rasgos, por mucho tiempo desconocidos en la historia, prueban que algunas veces se hallaba en él el hombre bajo la figura del insensato. Miéntras los degüellos de las cárceles, que él habia inspirado y dirigido, uno de los libertadores de Cazotte, despues de haber conducido al padre y á la hija á su casa, vino con temor á contar á Marat su debilidad, y Marat lloró al escuchar aquella relacion. «Has hecho bien,—dijo al asesino, admirado.—El padre merecía la vida por tener tal hija; pero en cuanto á los suizos que habeis perdonado, habeis hecho mal: debíais haber inmolado hasta el último.» El resentimiento contra su primera patria, en donde habia sufrido la miseria y la oscuridad, sólo podia extinguirse en la sangre de sus compatriotas.

Pocos dias ántes de aquellos asesinatos, una jóven de una belleza y de una inocencia sin mancha supo por los rumores que circulaban en las cárceles que los

presos iban á ser degollados. Su padre, empleado en las Tullerías ántes del 10 de Agosto, estaba encerrado en la Abadía. Esta jóven no tenia madre, y su desesperada ternura la llevaba de puerta en puerta para obtener la vida de su padre. Pero ninguna se le abría. Manuel, Danton y Panis rehusaron verla. A cada instante le parecia oír sonar el toque de degüello, y se sacrificó como Judith, no por su ciudad, sino por salvar á su padre, haciendo en su alma el holocausto de su virtud. El nombre del *amigo del pueblo* se presentó á su imaginacion; encontró una mujer que conocía á Marat, y le dió una carta para él. Esta carta, en la que le ofrecía entregarse á él por precio de la vida de su padre, llegó á manos del *amigo del pueblo*. La mensajera le pintó la juventud, los encantos y la pureza de la que le escribía, y Marat abrió la carta con una equívoca sonrisa. «Decid á esa muchacha que esté esta noche sola en el terraplen de la orilla del rio. El hombre que se la acercará sin hablarla y le cogerá el brazo será Marat; que le siga guardando silencio.» La jóven obedeció. Marat fué, y llevó tras sí á la desconocida, muda y temblando, á la extremidad de los Campos Eliseos; entró en un bodegon, pidió un cuarto solo y una ligera comida. Miéntras la preparaban, Marat se acercó y cogió la mano á la jóven, que no se atrevía á abrir los ojos. Al fin cayó á sus piés derramando un torrente de lágrimas. «¿Me teneis miedo?—le dijo Marat con una voz conmovida.—¿Os causo horror, y consentis en entregaros á mí?» «Yo acepto todo lo que pueda salvar á mi padre»,—tartamudeó la víctima. «Bien, levantaos,—dijo Marat tranquilizándola;—este sacrificio me basta. He querido ver hasta dónde llegaba el amor filial. Sería un cobarde si abusase de tanta decision, y no quiero manchar lo que admiro. Mañana se os volverá vuestro padre...» Volvió á coger el brazo de la jóven, y la condujo hasta la puerta de su casa.

El exterior de Marat revelaba su alma. Pequeño, flaco y de mucho hueso, su cuerpo parecia incendiado por un fuego interior. Tenia la cara marcada con manchas de bñlis y sangre. Sus ojos, aunque salientes y llenos de insolencia, parecían sufrir con la claridad del dia. Su boca muy hendida, como para lanzar la injuria, tenia el gesto habitual del desden. Conocía la mala opinion que todos tenían de él, y parecia que la desafiaba. Llevaba la cabeza erguida y un poco inclinada á la izquierda, como en el reto. El conjunto de su cara, vista de léjos y recibiendo la luz de arriba, tenia brillo y fuerza, pero en desórden. Todas sus facciones eran divergentes como el pensamiento; era lo contrario de la cara de Robespierre, convergente y concentrada como un sistema. La una indicaba meditacion constante; la otra, explosion continua. Al revés de Robespierre, que afectaba la limpieza y la elegancia, Marat afectaba trivialidad y desaseo en su traje. Zapatos sin hebillas y suelas con clavos, un pantalon de tela ordinaria manchado de barro, la chaqueta corta de los artesanos, la camisa abierta descubriendo el pecho y dejando á la vista los músculos del cuello, las manos gruesas, el puño cerrado, el pelo grasiento y enredado siempre por sus dedos. Marat queria que su persona fuese la imágen viva de su sistema social.

Tal era el hombre que los girondinos habian hábilmente escogido para ajar en él á la faccion de la municipalidad que les era contraria. Atacado por ellos, abandonado por Danton y negado por Robespierre, Marat acababa de escapárseles sólo por la energía de su actitud y por la franqueza de su lenguaje. Conocieron que era necesario volver á emprender el combate, llevar á cabo la victoria ó

inclinarse la cabeza delante del triunvirato. Era el momento en que la Convencion debia nombrar nuevos ministros, ó conservar el ministerio del 10 de Agosto. Roland, Danton y Servan presentaban su dimision, si una invitacion formal y explícita de la nueva Asamblea no les daba fuerza legitimando su autoridad.

XII

Se abrió la discusion sobre este punto. Buzot, órgano de Roland, pidió á la Convencion que relevase de su cargo á Servan, ministro de la Guerra, por causa de su enfermedad. «Yo suplicaria á Danton permaneciese en su puesto, si él no hubiese declarado tres veces que queria retirarse. Tenemos el derecho de invitarle, pero no el de obligarle. En cuanto á Roland, es una política bien extraña no querer hacer justicia, no diré á los grandes hombres, sino á los hombres virtuosos que han merecido confianza. Se nos dice: no nos faltan hombres virtuosos y capaces. Extraño á este país de virtudes y de intrigas, pregunto á mis colegas: ¿dónde están? A pesar de las murmuraciones, las calumnias y las amenazas, me envanezco con decirlo, Roland es mi amigo; le tengo por hombre de bien, y todos los departamentos piensan como yo. Si Roland queda, es un sacrificio que hace á la causa pública, porque de ese modo renuncia al honor de sentarse entre vosotros como diputado. Si no queda, pierde la estimacion de los hombres de bien. La nacion no conoce vuestros odios, y dice á los hombres honrados: «Continuad sirviéndome, y tendreis siempre mi aprecio.» «Pido—dice Philippeaux—que se extienda la invitacion de Danton.» «Y yo declaro—responde Danton—que me niego á esa invitacion, porque creo que no es digna de la Convencion.» «Y yo—replica Barere—me opongo á todo paso que dé la Convencion para retener á los ministros; sería contrario á la majestad y á la libertad del pueblo. Recordad las palabras de Mirabeau: *No pongais en balanza jamás un hombre y la patria.* Yo rindo homenaje á las virtudes y el patriotismo de Roland; pero no se puede ser libre mucho tiempo en un país en que se eleva con las adulaciones á un ciudadano sobre los demas.» «Yo—añade Cambon—no puedo oír que se aplauda á un hombre sin temblar.» Danton se levantó de nuevo, impaciente con una discusion que ella sola era un homenaje al nombre de Roland. «Nadie—dice con fingida deferencia—hace á Roland más justicia que yo; pero si le haceis una invitacion, hacedla tambien á su mujer, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba solo en su departamento. Yo estaba solo en el mio.» A estas palabras se oyen en los bancos de los jacobinos carcajadas malévolas contra madama Roland; los susurros de la mayoría ahogan y critican á Danton lo inconsiderado de su alusion, y él se irrita con aquellos murmullos. «Pues se me obliga á decir claro mi pensamiento, recordaré que hubo un momento en que de tal modo estuvo destruida la confianza, que ya no habia ministros, y que el mismo Roland tuvo intencion de salir de Paris.» «Conozco ese hecho,—responde Louvet;—fué cuando se entapizaban las calles con carteles repugnantes con las más atroces calumnias. (Muchas voces: ¡Era Marat!) Temiendo por la causa pública, y temiendo por el mismo Roland, fui á hablarle de su peligro, y me contestó: *Si me amenaza la muerte, debo aguardarla; ése será el último crimen de la faccion.* Por consiguiente, Roland podia haber perdido alguna confianza, pero habia conservado todo

su valor.» Valazé sostiene á Louvet y defiende á Roland. «Se os ha citado á Aristides. Si los atenienses sentenciaron al ostracismo á este hombre justo, expiaron su injusticia volviéndole á llamar. Si Roma desterró á Camilo, éste fué vengado volviéndose á su patria. Los nombres de Roland y de Servan son sagrados para mí.» (Se aplaude esta manifestacion de amistad). «¿Qué le importa á la patria—continúa Lasource—que Roland tenga una mujer inteligente que le inspire sus resoluciones, ó que estas resoluciones vengan de él mismo? (Aplausos). Este mezquino medio no es digno de los talentos de Danton. (Nuevos y más numerosos aplausos). Yo no diré, como Danton, que es la mujer de Roland quien gobierna, pues esto sería acusar á Roland de ineptia. En cuanto á la falta de



Robespierre y la familia Duplay.—Pág. 144.

energía, diré que Roland respondió con valor á los malos anuncios en que se trataba de ajar la virtud de un hombre íntegro. ¿Cesó alguna vez de predicar el orden y las leyes? ¿Cesó nunca de quitar la máscara á los agitadores? (Aplausos). ¿Débese, sin embargo, invitarle á que continúe de ministro? No. ¡Desgraciadas las naciones reconocidas! Lo digo con Tácito: el reconocimiento hizo la desgracia de las naciones, porque él es quien hizo los reyes. (Nuevos aplausos).»

Esta oportuna intervencion de un amigo de Roland eludió la cuestion sin resolverla, y dejó á los girondinos los honores de la magnanimidad. Roland escribió al dia siguiente á la Convencion una de estas cartas leídas en sesion pública, y que indirectamente le daban la palabra en la Convencion y la influencia del talento de su mujer en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland. Rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocia el genio, se ignoraba el sexo, y combatia disfrazada en la guerra de los partidos. «La Convencion—decia Roland en su carta—ha demostrado su